



RELIGIOSA DE VIDA CONTEMPLATIVA

2ª Exposición de la Mesa Redonda del X EFCSM 2015

Sor Flora María Collado, O.P.

© 2015. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

“Dejándolo todo, le siguieron” Tomando como base esta frase que guía este Encuentro y apoyada en la lectura de “A la luz del Sí” de Adrienne Von Speyr, la gran colaboradora de Urs Von Balthasar, desearía compartir la manera de vivenciar estos aspectos desde el ser contemplativo.

La frase evangélica citada: “Dejándolo todo lo siguieron”, va precedida de una llamada del Señor Jesús, de una invitación a seguirle y esto conlleva una opción, y el que opta por una cosa renuncia al resto, esto es así en cualquier ámbito de la vida.

Siguiendo el ejemplo de María, y a la luz de su Sí, hemos pronunciado el nuestro.

Sí solicitado por Dios Padre, quien gracias a su Espíritu nos hace percibir su llamada y nos capacita para acogerla y dar una respuesta que nos irá configurando con Cristo el Señor.

Porque sí es cierto que Dios es quien nos pregunta si deseamos colaborar en su plan salvífico, es El mismo en nosotros y con nosotros, el que responde afirmativamente. Nuestro sí, como el de María, es libre, pero es ante todo y sobre todo GRACIA.

Adrienne lo formula así al hablar de la Virgen: “No es simplemente su respuesta humana al ofrecimiento de Dios; hasta tal punto es gracia, que es, a la vez, la respuesta divina a toda su vida.”

A modo de oración podríamos decir: “*Gracias, Señor, por ser Tú mi llamada y a la vez la respuesta de mi voz*”. Ante la magnitud de la llamada del Señor, es Dios mismo quien responde en nosotros y desde nosotros, dejándonos libres. Parece un misterio, y lo es. El sí de María se prolonga en el nuestro, somos tan pequeños que ni sí podemos decir, sin el auxilio de la gracia.

Al decir sí hacemos una opción, y como ya se ha dicho, optar es renunciar, por esto todo sí conlleva renuncia. Pero María, no sólo renuncia a cosas, sino que (en palabras de Adrienne) “diciendo sí, renuncia a sí misma, se anula a sí misma, para dejar que sólo Dios sea activo en ella. En el amor toda renuncia es fecunda, porque crea espacio para la respuesta afirmativa a Dios, y Dios sólo espera la afirmación del hombre para mostrarle lo que un hombre puede junto con Él.”

¿Es fácil esto de vivir? Pues no, más bien es imposible para el hombre, pero “para Dios nada hay imposible”, como le dijo el ángel a María en la Anunciación. Cuando Dios llama, el hombre no puede por menos que seguirle, pero en realidad seguirle es sentirse arrastrado, Él es más fuerte, como dice Jeremías; no podemos caer en la ingenuidad de decir que todo es fácil y sin problemas, pero no debemos olvidar que vivimos de la fuerza del crucificado. Y de este modo podremos decir con san Pablo: “Todo lo puedo en aquel que me conforta.”

Por tanto, llamada y respuesta, opción que conlleva renuncia, siendo todo ello, gracia del Señor.

Continúa Adrienne: “En su sí la Madre se despropia de todo lo suyo a favor de Dios y de los hombres. Su sí coincide con la obediencia; si ella elige el sí como forma de vida, entonces elige la obediencia como su vida. (...) respondiendo al ángel, María responde a Dios. Ella sabe que el ángel aparece como enviado de Dios, que entregándole su sí, se lo entrega a Dios.”

De igual modo los contemplativos, al obedecer, vemos o intentamos ver al “ángel” del Señor que nos indica esto o aquello. Al hacer profesión, y nosotras las dominicas contemplativas sólo pronunciamos el voto de obediencia, sabemos que Dios no se nos va a presentar de manera directa, hay “ángeles” alrededor que son los indicadores de la voluntad divina. Por este voto nos consagramos totalmente a Dios, nuestros actos están más cerca de la perfección de la caridad, que es de lo que se trata, y cooperamos a la obra de la Redención de una manera específica, a ejemplo de María, la esclava del Señor, que “obedeciendo fue causa de salvación no solo para sí, sino para todo el género humano” como bellamente dice san Ireneo de Lión. Ser capaces de percibir que cuanto nos rodea, cuanto penetra por nuestros sentidos, es un reclamo de Dios Padre para unirnos a Él y de ese modo glorificarle.

Y sin embargo, también como en María, aquello que a los ojos del mundo nos ata, es nuestra liberación. Dice Adrienne: “ésta es la naturaleza de un sí: atar al que lo pronuncia y a la vez dejarle plena libertad en la configuración. Quien lo pronuncia lo llena con su personalidad, le da su peso específico y su color único, y a la vez él mismo es formado”.

Dios no nos clona, no nos ha hecho iguales y no nos quiere iguales, por eso en nuestra respuesta al Señor se puede dar esa, casi infinita variedad de carismas, que existen en la Iglesia. Y aun dentro de un mismo carisma, cada uno tiene su personalidad y modo único. Esto manifiesta la inmensa grandeza del don de Dios en su llamada y la variedad de respuestas. Nosotras, las monjas dominicas, que estamos llamadas a vivir unánimes en casa, teniendo una sola alma y un solo corazón, podría parecer que perdemos nuestra identidad, pero nada más lejos de la realidad, porque esta unanimidad de nuestra vida que está enraizada en el amor de Dios, debe ser un testimonio de la reconciliación universal en Cristo, que nos libera de nuestro ego y nos permite darle al otro la primacía. Libremente nos hemos comprometido con Dios y con la Orden de Predicadores, pero sin dejar de ser nosotras mismas en ningún momento.

Sí que como ya hemos dicho, nos lleva a la obediencia frente al designio amoroso del Padre, y por ello nos **liberta** de la esclavitud del pecado y a la vez nos **ata**, hasta el punto de llegar a ser esclavos por amor. Vivíamos esclavos del pecado, Dios nos llamó en Cristo, y por su gran misericordia, respondimos Sí con su propia gracia.

En esta vinculación con Cristo por medio del Sí, hecho voto de obediencia nos liberamos de las ataduras que de un modo u otro, más o menos sutilmente, nos mantienen encadenadas. La verdadera fe nos libera de las imágenes enfermizas que podamos tener de Dios, de los modos de vida limitadas, y del poder de los “demonios” que quieren controlar nuestras vidas. El estar ligadas a Cristo nos libera de las cadenas de la esclavitud y del miedo. Nos libera en definitiva, de los enredos de nuestro propio ego y nos lanza a vivir para Dios y los otros.

Nos hicimos obedientes, nos atamos en libertad hasta ser, como María, Ancilla Domini, la esclava del Señor y de los hombres. “Hacedos esclavos unos de otros por amor”, nos dice san Pablo en su carta a los Gálatas (5,13)

Queremos vivir el Sí que nos ha configurado como contemplativas en la Iglesia; en un clima de silencio orante, atento siempre a su Palabra, para poder escuchar lo que dice el Señor y cómo lo dice, y así poder obedecer. “Hablar con Dios o de Dios”, a ejemplo de Santo Domingo Nuestro Padre.

Sí mantenido por el bien de la humanidad, mediante el “apostolado de la intercesión” en palabras de la Papa Francisco.

Sí celebrado en la liturgia, en alabanza a la Trinidad por el Don de la Redención de la humanidad en Cristo Jesús. Siendo cada vez más conscientes de que nuestra plegaria litúrgica y privada es una oración evangelizadora; las celdas de todo monasterio se abren siempre al ancho mundo y sus ventanas se abren a tantas gentes que viven como ovejas sin pastor. Los horizontes de la vida de una monja son tan amplios como el mundo, para esto encontramos un gran apoyo en el estudio, tan configurante en la vida dominicana.

Sí vivido en comunión con las Hermanas que Dios ha tenido a bien reunir en una misma casa para llegar a tener un solo corazón y una sola alma por el amor, con las luchas y dificultades inherentes a toda relación humana, pero sabiendo que la plena comunión es un don del Espíritu Santo, que crea unidad dentro de la diversidad y, que quien nos convoca es Cristo y El, que inició la obra la llevará buen término, siempre que recorramos el camino de la fraternidad en el amor, en el servicio y la aceptación mutua.

Sí apoyado en el Sí de María, en su Hágase. Sólo de este modo se puede vivir a la luz del Sí, llegando a ser en medio de la Iglesia un reflejo del “Fiat” de María y del “Aquí estoy para hacer tu voluntad” de Jesucristo, Verbo encarnado. Nos alientan las palabras de Adrienne: “Ella (refiriéndose a la Virgen María) vive en cada FIAT pronunciado en la comunidad del Señor.”

Pues que así sea siempre, que en cada uno de nuestros sí, de nuestros Fiats, María siga viviendo, para bien de la Iglesia y del mundo entero. De este modo podremos vivir nuestra misión como dominicas contemplativas de “Alabar, bendecir, predicar”. De “Contemplar y dar al mundo lo contemplado”.